

LA EMPATIA, CONDICION NECESARIA.

Dr. Manuel Villegas Besora (*)

Es de sobras conocido que Carl Rogers (1957) establecía tres condiciones necesarias para garantizar el éxito de la intervención terapéutica. Estas eran la comprensión empática, la aceptación positiva incondicional y la congruencia o autenticidad del terapeuta. Para Rogers, además, tales condiciones eran no sólo necesarias, sino suficientes por sí mismas para favorecer el cambio terapéutico, de acuerdo con su concepción, compartida ampliamente en el campo de la Psicología Humanista, de la tendencia autoactualizadora de la naturaleza humana. En el presente artículo defendemos la condición de necesidad de la empatía, pero no exactamente en los mismos términos de Rogers, a la vez que señalamos su insuficiencia en otros casos.

Naturaleza de la comprensión empática:

Para entender la naturaleza de la comprensión empática hay que remitirse a los orígenes estéticos del concepto. La palabra "empatía" ha sido utilizada para traducir el término alemán *Einfühlung*. Fue Robert Vischer (1847-1933) el primero en usarla

en un contexto estético. Vischer introdujo el término para explicar la belleza de la naturaleza o el modo en que esta belleza es aprehendida por el sujeto humano. Theodor Lipps (1851-1914) trató el concepto de empatía como concepto básico para aclarar diversos aspectos de la experiencia estética. Según él los dos componentes fundamentales de la empatía son la "proyección" y la "imitación". Por medio de la primera el sujeto extiende su propio ser a una realidad; por medio de la segunda, se apropia ciertas formas de tal realidad. En consecuencia, la comprensión de la obra de arte sólo es posible a través de una participación afectiva, es decir, proyectándose hacia ella y apropiándose, en cierto modo, de ella.

La idea fundamental que subyace a este concepto es que no es posible la comprensión del lenguaje artístico sin un cierto contagio emocional. Es evidente que una obra pictórica, por ejemplo, como producto físico, puede ser analizada objetivamente a distintos niveles sin que ello requiera ninguna implicación emocional por parte del sujeto. Puede observarse la textura de las

telas, determinarse la composición físico-química de las pinturas, lo que podría explicar el deterioro que han sufrido ciertos frescos, como los de Cimabue en la basílica de San Francisco de Assis. Puede analizarse la estructura compositiva del cuadro, las divisiones por zonas, las técnicas de perspectiva o los procedimientos de sombreado. Puede realizarse un meticuloso estudio del contexto histórico en que la obra fue producida, de las corrientes estilísticas que la influyeron y de los determinantes sociales que la condicionaron, o puede descifrarse de forma erudita el contenido temático en que se inspiró y que pretendidamente intentó reproducir.

En cualquier caso ninguno de estos distintos análisis constituye, por sí mismo, el sentimiento estético. Este consiste fundamentalmente en una cierta respuesta emocional que, supuestamente, coincide con la que experimentó el artista en el momento de la creación de la obra. La perspectiva desde la que Van Gogh pintó unos girasoles produce en nosotros un impacto colorista y emocional muy semejante al que posiblemente experimentó él mismo. La dificultad de cierta obra artística contemporánea en conseguir una recepción mayoritaria reside, probablemente, en las diferencias de sensibilidad con que artistas y público viven una misma experiencia. Si estas diferencias son muy marcadas no se da la empatía y fracasa con ello la producción del sentimiento estético.

La empatía, en efecto, puede entenderse como una conexión emocional diferenciada. El artista experimenta una cierta sensación o experiencia que intenta expresar o comunicar a través de recursos plásticos, sonoros o literarios, o de cualquier otro tipo. La posibilidad de que estas sensaciones hallen eco en otros sujetos radica tanto

en la posibilidad de establecer unas reglas de comunicación que participen de un lenguaje común, como en la capacidad de los observadores de conectar, a través de estos códigos expresivos, con las experiencias del artista. La empatía tiene, pues, en este sentido, una doble dirección: del mundo del artista al del observador y del de éste al del artista.

El concepto de empatía no se limita, sin embargo, a la experiencia estética. Tanto Lipps como otros autores la extendieron a otros campos experienciales, particularmente a la esfera psicológica. De acuerdo con esta perspectiva, la empatía se considera el fundamento de la posibilidad de comunicación entre los humanos, de modo que, en general, puede definirse la empatía como "participación afectiva de un sujeto humano en una realidad ajena a él mismo".

La empatía es pues el canal de emisión y recepción de un mensaje sensible o experiencial. En este sentido podemos afirmar que es necesaria, por cuanto surge como co-municación de una experiencia sensible y es captada en la medida en que el destinatario sintoniza con ella. Sin conexión "pática" o de sensibilidad no se daría la percepción estética. Tal conexión, sin embargo, es diferenciada, puesto que los mundos sensibles del artista y del observador no son necesariamente idénticos. La expresión de la experiencia sensible del artista puede encontrar reflejo en el mundo experiencial del sujeto observador, que no es necesariamente una reproducción exacta de la de aquél, sino una estimulación de la sensibilidad propia y de sus propios referentes, provocada por la obra del artista. En el primer caso, en el que la estimulación emocional de ambos fuera coincidente deberíamos hablar más bien de **sim-patía**, pues que se trataría de una co-sensibilidad o

experiencia compartida en los mismos términos. En el caso que los sentimientos activados fueran antagónicos deberíamos hablar, por el contrario, de **anti-empatía**. Sólo si desde una sensibilidad diferenciada se percibe la experiencia del otro como tal, a través del reflejo del repertorio de respuestas emocionales posibles de uno mismo, se puede hablar propiamente de **em-empatía**.

Tal es el concepto de empatía, al menos, que estrictamente hablando se debe manejar en psicoterapia. La empatía terapéutica, en efecto, se caracteriza por la diferenciación que permite distinguir de una forma no contaminada los sentimientos propios de los de los demás y los de éstos, como tales.

La empatía terapéutica:

La empatía es pues necesaria para acceder al mundo experiencial o sensible de los demás. En este sentido es el primer paso en toda relación terapéutica. El contacto inicial que se establece entre clientes y terapeuta es a través de la sensibilidad, del "pathos" del cliente y de la resonancia emocional que halla en el terapeuta. Esta resonancia puede ser más o menos profunda, más o menos constructiva o incluso destructiva, pero en cualquier caso inevitable, independientemente de la escuela o modelo psicológico desde el que se actúe, dado que es imposible establecer cualquier contacto terapéutico sin un intercambio o interacción personal. Es pues, en este sentido, determinista, en cuanto la relación profesional de demanda de ayuda implica una respuesta actitudinal por parte del terapeuta (interés, preocupación, indiferencia, desidia, etc.), que pone necesariamente en juego la dimensión "pática".

La empatía resulta absolutamente imprescindible en terapia, puesto que se trata de acceder al mundo experiencial de un su-

jeto, manifestado necesariamente a través de la expresión sensible, aunque sea sólo a nivel sintomático. Tales síntomas no son sólo indicadores clínicos, sino que constituyen un lenguaje sensorial que, como las emociones, suscita respuestas páticas en las otras personas. Algunos médicos se defienden con frecuencia de tales mensajes con la indiferencia, la ignorancia o los recursos tecnológicos, evitando aquel primer contacto emocional con el enfermo que le daba a la medicina tradicional su dimensión humana. La mayoría de los médicos de hoy no están formados para ser receptivos al dolor, puesto que tienen una visión exclusivamente técnica de su función. Esta deformación profesional puede llevar a declaraciones tan sorprendentes como las que hizo recientemente el Dr. Jammet, presidente del Centro Internacional de Radiopatología al periódico *le Monde*, a propósito del seguimiento que se hace en Kiev de las 170.000 personas afectadas por la radioactividad: "Gracias a Chernobil, los soviéticos podrán conocer con toda precisión los efectos de la radioactividad sobre el hombre". La proliferación de estas actitudes insensibles al sufrimiento humano es la que lleva a la humanidad entera a aceptar la guerra química, las cámaras de gas o la matanza de viejos inservibles en los asilos.

La visión ingenua del dolor ajeno provoca en el ser humano tendencia a la respuesta emocional que ya Darwin había puesto de relieve al señalar la función expresiva de las emociones, tanto en los animales como en los hombres.

Toda solicitud de ayuda nos llega en terapia a través de la expresión emocional. El primer contacto con las necesidades del cliente pone pues en juego una respuesta empática. La empatía es el único canal de

recepción adecuado a la expresión emocional. No es apta para comprender el lenguaje formal, como el de la química, las matemáticas o la informática, pero es imprescindible para comprender el lenguaje de la sensibilidad: el lenguaje estético, lo mismo que el lenguaje "pático".

Esto ha llevado a los teóricos de la *Einfühlung* a defender que no es posible el conocimiento de la historia o el estudio de la antropología sin un cierto grado de empatía. Este hacerse cargo del otro, permite dar una cierta unidad a una experiencia que podría parecer desconcertante, vista desde una perspectiva exclusivamente objetivante. Sartre (1975) comentaba a propósito de Flaubert:

"Antiguamente estaba contra Flaubert, pero esto fue cambiando gradualmente. Hoy en día reconozco que no me gustaría cenar con él, porque debía ser muy aburrido, pero ahora le veo como a un hombre".

Cuando el biógrafo o el historiador se centran en una existencia concreta o en una época determinada no pueden dejar de sentir algún tipo de proyección emocional sobre su objeto de estudio. La función de tal sensación es propedéutica, es decir de establecer un primer encuentro con el problema a través de la conexión emocional, predisponiendo al estudioso a centrarse en su objeto desde la perspectiva de los agentes históricos o "desde dentro", si se quiere. En definitiva, la experiencia histórica no existe fuera de la vivencia que le dió origen y los acontecimientos históricos carecen de sentido al margen de ella. De modo semejante, la comprensión terapéutica se centra en la asimilación de la experiencia ajena "desde dentro", razón por la cual se hace imprescindible un cierto grado de empatía, que tiene ya por sí mismo un innegable va-

lor terapéutico.

Valor terapéutico de la empatía:

Definir el alcance terapéutico de la empatía es una cuestión que implica ciertas consideraciones específicas. En primer lugar hay que situar la empatía en el marco de las condiciones generales, postuladas por Rogers. En efecto, de nada serviría la manifestación de empatía si esta fuera simulada o fingida. No puede pues atribuirse un valor curativo a la empatía, si no es sincera, congruente con los sentimientos del terapeuta. Igualmente cabe afirmar que la empatía debe estar al servicio de la aceptación positiva incondicional. Una utilización perversa de la empatía consistiría en favorecer la automanifestación del cliente para condenar después sus sentimientos o acciones, o para obtener información que pudiera ser utilizada en su contra. Esta modalidad ha sido usada en los interrogatorios policiales a través de la técnica de los dos policías, uno bueno y el otro malo, que colaboran en hacer "cantar" al detenido.

La empatía tiene efectos terapéuticos sólo si contribuye a "confirmar" la persona del cliente, a hacerle sentir que sus sentimientos -sean éstos positivos o negativos- son comprendidos como pertenecientes a él y, por eso mismo, dignos de respeto y aceptación. Tal vez, la mejor definición que se haya nunca dado de la terapia rogeriana ha sido la de Martin Buber (1958), quien la describió como "confirmación de la persona del otro". En la postdata a su libro *Ich un Du* Martin Buber describe el auténtico psicoterapeuta "que no se conforma con auxiliar a sus enfermos, sino que toma como tarea propia la regeneración del centro atrofiado de la persona". Para conseguir este objetivo se hace preciso adoptar una actitud con las personas que Buber

compara a la del amor entre esposos, puesto que la simple observación y examen del objeto no lleva a ninguna parte:

“Al igual que el poder de educar, el poder de curar sólo se otorga a quien es capaz de estar ante otro sin dejarse arrastrar por su influencia”.

Estas últimas palabras de Buber (1958) nos remiten al concepto de empatía tal como ha sido definido más arriba: la capacidad de conexión emocional diferenciada. Esta conexión tiene sus momentos privilegiados en el transcurso del proceso psicoterapéutico, pero debe constituir el “bajo continuo” que acompañe indefectiblemente a lo largo de toda la terapia.

Como momentos privilegiados en que la empatía ejerce un papel más destacado cabe señalar las fases iniciales de la terapia y los momentos en que la expresión emocional alcanza, por las razones que sea, cotas desestructurantes.

Las fases iniciales de la terapia suelen caracterizarse por la expresión emocional de diversos síntomas de ansiedad, inseguridad, recelo o sentimientos de confusión. El reflejo empático de tales estados suele tener un efecto securizante, tranquilizador y facilita el acceso a la clarificación de la problemática concreta, que generalmente se expresa al inicio con locuciones muy vagas, tales como “me siento muy mal”, “no sé lo que me pasa”, “ya no sé a quien recurrir”...

En ocasiones la empatía vuelve a jugar un papel importante, aunque se hayan superado ya las fases iniciales de inseguridad o desconcierto. Tal es el caso de las crisis emocionales que provoca todo proceso de cambio, a veces, incluso, cuando éste se halla ya muy avanzado. En estas circunstancias resulta más terapéutico centrarse en la comprensión de los sentimientos que en

la resolución de la problemática concreta. La función del predominio de la comprensión empática sobre la analítica en estos momentos tiene que ver con la posibilidad de conexión del individuo consigo mismo. Si una persona determinada está más centrada en los sentimientos que le produce haberse metido en un lío que no en salirse de él, habrá que dirigir la atención hacia la comprensión empática de estos sentimientos antes de proceder a la comprensión de las causas que le llevaron a este estado o a la planificación de las estrategias más pertinentes para salirse de él.

Como quiera que cualquier intervención del terapeuta (verbal o no-verbal) es inevitablemente inductora de comportamientos o reacciones emocionales, habrá que distinguir aquellas actitudes que favorecen la integración emocional de la persona, de aquellas que la desconectan de sí misma. En este sentido hay que evitar las intervenciones que revelan:

- a) evaluación o juicio moral positivo o negativo, que inducen a la culpabilización, inhibición, rebelión interna o búsqueda de aprobación.
- b) interpretación: (traducción a otro código), generadora de sentimientos de incompreensión, frustración, resistencia o negación.
- c) explicación: referencia a conexiones causales mecanicistas, que favorecen la intelectualización en lugar de la liberación.
- d) apoyo afectivo: (paternalismo, consuelo, compañerismo, transmisión de energía), que induce a la infantilización, la dependencia y la transferencia.
- e) investigación: los interrogatorios engendran sentimientos de inferioridad y sensación de control con las defensas correspondientes (simulación, engaño, etc.).

Frente a estas actitudes directivas la 69

actitud empática se expresa:

1) por la **facilitación**: facilitar significa crear una corriente comunicativa de base no-verbal a través de la cual se hace posible la libre expresión del cliente. Entre las condiciones creadoras de esta corriente de comunicación podemos señalar las siguientes:

a) **una actitud acogedora y respetuosa**, de persona a persona, en la que la única asimetría existente sea la que viene determinada estrictamente por la relación profesional.

b) **el silencio atento**, que no debe confundirse con la atención flotante psicoanalítica, determinada por unos parámetros de significación apriorísticos, sino de una escucha activa, reveladora de un esfuerzo orientado a entender realmente el mundo del cliente.

c) **la mímica de comprensión**: ligeras y casi imperceptibles expresiones faciales, actitudes y postura corporal traducen nuestro verdadero interés por el cliente y lo animan a comunicarse. Constituyen la expresión material de la empatía.

2) por la **reformulación**: la cual no solamente aporta al cliente la certeza de ser comprendido, sino que posibilita la comprensión auténtica por parte del terapeuta y provoca el cambio terapéutico. Rogers y Kinget (1962) distinguen cuatro modalidades:

a) la **reformulación-reflejo**: eco de las expresiones del cliente con la utilización de sus palabras textuales o expresiones equivalentes. No puede abusarse de esta fórmula, puesto que la repetición sistemática podría dar lugar al "psitacismo" y produciría una reacción muy ambigua en el cliente, que podría tener la impresión de ser imitado

burlescamente por un "reloj de repetición".

b) **la reformulación-síntesis**: resumen de lo que es esencial para el cliente, puesto que cualquier desplazamiento corre el riesgo de convertirse en interpretación.

c) **la reformulación por inversión figura-fondo**: expresión del negativo fotográfico de lo que ha sido referido en positivo, iluminación del fondo destacándolo como figura.

d) **la reformulación elucidación**: consistente en formular lo que ha sido claramente vivido por el cliente, pero confusamente expresado por él.

Las características de la reformulación eficaz han sido precisadas por Rogers y Kinget (1962). La intervención debe:

a) implicar un acogimiento incondicional y no una iniciativa del terapeuta;

b) centrarse sobre las vivencias de la persona y no sobre los hechos;

c) centrarse sobre el sentimiento, no sobre el problema;

d) mostrarse respetuosa con la persona del cliente y no deseosa del lucimiento interpretativo del terapeuta.

Estos criterios deben traducirse en el estilo y la forma gramatical de las intervenciones terapéuticas. No debe olvidarse nunca que la validez de una reformulación comprensiva se basa en el acuerdo del cliente sobre el contenido de la intervención terapéutica. Con ello se garantiza el desvelamiento progresivo del mundo del cliente, se crea un clima de seguridad, se transforma radicalmente el problema de la transferencia, se suprime la resistencia y se clarifican los términos de la relación. De esta forma la terapia se convierte en una tarea de colaboración, constituyendo una experiencia única y sana para el cliente.

Los límites de la empatía

La técnica rogeriana no agota, sin embargo, todas las posibilidades de intervención. Podríamos decir que constituye la base de cualquier relación terapéutica, facilitando la comprensión empática y la movilización emotiva hacia el cambio a través de la aceptación incondicional. Pero no contiene instrumentos de análisis de ningún tipo. Rogers piensa, acertadamente, que debe centrarse la atención sobre el sentimiento, más que sobre el problema. Pero eso es válido, a nuestro criterio, sólo en las fases iniciales o en momentos de crisis emocional. Es indudable que en muchos casos la comprensión empática de los sentimientos es suficiente para provocar un movimiento hacia la integración y el cambio, dirigido por las propias fuerzas autodirectivas. En los casos, sin embargo, en que persiste el sentimiento sin llegar a disolverse, es dable pensar que éste se halla sobre-determinado por el problema. Ello significa que el problema debe ser analizado en su estructura, puesto que muchas veces la persona es víctima de su situación por falta de un conocimiento crítico de ella. No se trata de una interpretación de sus sentimientos en registros ajenos, sino de una objetivación de la situación.

Este aspecto es desconocido en el sistema de Rogers y creemos que constituye su "tendón de Aquiles", una limitación innecesaria, que no está en contradicción con ninguna de las actitudes fundamentales por él descritas. Utilizando la terminología rogeriana podríamos indicar dos sistemas más de reformulación, que clasificaremos como: e) **reformulación-explicación** y f) **reformulación de la lógica estructural**, a fin de situarlos en continuidad lógica con los anteriormente descritos por Rogers.

Marian Kinget en su trabajo, escrito en

colaboración con Rogers (1962), establece una relación inversa entre el trabajo de análisis intelectual y su valor terapéutico. Según ella, aunque los diversos tipos de reformulación descritos son herramientas terapéuticas válidas, nada sustituye el valor de la respuesta-reflejo o reflejo simple. Este tipo de respuesta "representa la expresión más pura de los principios de empatía y de consideración positiva incondicional que fundamentan esta terapia".

Suponemos que las modalidades de reformulación que hemos postulado más allá de las propias descritas por Rogers y Kinget (1962) no merecerían su aprobación, a causa de su dimensión claramente analítica. Pero eso se debería, a nuestro juicio, a una aceptación restrictiva del concepto de empatía. La contemplación de una obra de arte no se reduce necesariamente al reflejo o eco emocional que produce en el sujeto observador. Este aprecia, además indisociablemente sus aspectos estructurales, compositivos y temáticos. Sin integración de todos y de cada uno de los componentes de la obra de arte que tenemos ante nuestros ojos, no existe una comprensión en profundidad de su significado. Un desarrollo más destallado de los dos tipos de reformulación que hemos propuesto más arriba nos ayudará a entender mejor cuanto venimos diciendo:

e) la **reformulación-explicación**, pretende formular el significado implícito en el contenido manifiesto en relación a sus presupuestos de significación.

No cabe duda de que este es un sistema para extraer los temas dominantes que configuran la estructura de la relación persona-mundo. El caso de "excentricidad", analizado por Binswanger (1956), en el que un padre regala por Navidad un ataúd

a su hija enferma de cáncer, constituye un ejemplo impactante de ello. El tema a través del cual el padre percibe la realidad es el de la adecuación, pero una adecuación vista en una relación no-dialéctica con los demás. En un diálogo terapéutico habría sido posible una reformulación-explicitación en los siguientes términos:

*“Usted quería, sin duda, hacer el regalo lo más **apropiado a la enfermedad de su hija**”.*

De acuerdo con el contenido de la reformulación lo que se destaca es la adecuación entre regalo y enfermedad (situación objetiva), a la vez que, implícitamente, la inadecuación en relación a las personas (situación subjetiva).

f) **formulación de la lógica estructural:** si se parte del supuesto que el universo de significados subjetivos es como un sistema dotado de una organización interna, con su lógica propia, resulta posible, sin alejarse del campo de significados vividos ver o hacer ver las conexiones antecedentes y consecuentes de un conjunto semántico en la medida en que se va comprendiendo.

No se puede llegar a este punto sin una estructuración sistemática de todos los elementos vividos y sentidos por el sujeto, lo que exige una atención estricta a las analogías perceptivas, semánticas, afectivas, situacionales y comportamentales. La analogía es, precisamente, la relación entre fenómenos de la misma estructura, la expresión de las constantes formales a través de la variedad de los contenidos, lo que exige una correlación continua entre elementos. Siguiendo con el ejemplo anterior se podría concluir, después de tener evidencia de la forma de actuar del sujeto que éste (el padre) **siempre busca la adecuación a las cosas**, con independencia de las

personas. Esta elucidación puede ser formulada, respetando las reglas de la empatía, de la siguiente manera:

- Terapeuta: “Usted piensa que la forma más apropiada de actuar es adecuándose a la naturaleza de las cosas”.

- Padre: “Sí, evidentemente. ¿No es lo más lógico?”

- Terapeuta: “Usted lo encuentra lo más lógico”.

- Padre: “Claro. El mal está en que las personas no piensan igual que yo o no lo aceptan así. De ahí surgen los conflictos.”

*- Terapeuta: “O sea, que los conflictos los tiene con las **personas**; ellas no miran la adecuación objetiva, sino sus expectativas subjetivas y es ahí donde entran frecuentemente en conflicto.”*

- Padre: “Eso es”. (Es decir: si no quiere entrar en conflicto con las personas ha de tener en cuenta las expectativas de las otras personas).

Esta forma de posible diálogo imaginario con el cliente de Binswanger es plenamente empático y, sin embargo, lleva al análisis de la estructura de relaciones a la vez que al descubrimiento de los temas y de la estructuración categorial del mundo del paciente. En este caso lo que es susceptible de cambio es la perspectiva del padre, puesto que es adialéctica y no tiene en cuenta la situación en toda su complejidad. Pero en otros casos no basta con un cambio de percepción, sino que se requiere, además, una modificación efectiva del medio. El centramiento rogeriano en la persona corre el riesgo de olvidar la base del pensamiento existencial que es la unidad ser-mundo, la cual es esencialmente dialéctica. El centramiento en la persona con exclusión de las situaciones fácticas puede, pues, llevarnos

a una miopía respecto a la totalidad.

El principio según el que la percepción configura la conducta y las reacciones emotivas, que Rogers toma prestado de la Gestalt, es cierto, pero olvida el poder modificador de la persona respecto a su entorno y el condicionamiento fáctico de éste. Al atender sólo, o fundamentalmente, a los contenidos emocionales o experienciales se margina involuntariamente la acción.

Lo que tradicionalmente se ha venido en llamar “neurosis” se caracteriza por una falta de dominio de la situación, por una incapacidad de autodeterminación, producto de una supeditación a los condicionantes exteriores que anulan totalmente, o casi, la capacidad de decisión de la persona. En tales casos no basta la comprensión de la persona o el reflejo de sus sentimientos; es preciso analizar la estructura objetiva en la que se encuentra y facilitar el conocimiento de los elementos y sistemas que estructuran la realidad interpersonal. Cuando el problema es estructu-

ral, el conflicto se vuelve insoluble a no ser que se produzcan cambios objetivos o subjetivos. Los cambios subjetivos se facilitan con la comprensión empática, aunque no siempre sea ésta suficiente para llevar a cabo una modificación de perspectiva en la percepción de las situaciones. Los cambios objetivos requieren un análisis estructural, que va más allá de la expresión emocional y la correspondiente respuesta empática o refleja.

Tales son a nuestro juicio, el alcance y los límites de la empatía rogeriana. La empatía simple o básica tiene su momento privilegiado en la fase de atención o recepción del cliente, facilitando el establecimiento de la denominada “alianza terapéutica”, la integración emocional del sujeto y el aumento de su autoestima. En muchos casos tales efectos pueden ser suficientes para promover las fuerzas autocurativas de la persona. Pero en otros se requieren procedimientos de clarificación, confrontación y resolución dialéctica que no es capaz de procurar por sí sola la empatía.

Referencias Bibliográficas:

- BINSWANGER, L. (1956). *Drei Formen misglückten Daseins*. Tübingen: Max Niemeyer.
- BUBER, M. (1958). *Ich und Du*. Leipzig: Inserverlag.
- ROGERS, C. R. (1957). The necessary and sufficient conditions on therapeutic personality change. *Journal of consulting Psychology*, 21, 95-103.
- ROGERS, C. R. & KINGET G.M. (1962). *Psychotherapie et relations humaines: théorie et pratique de la thérapie non-directive*. Louvain: Publications Universitaires,
- SARTRE, J. P. (1975). Autoportrait à soixante-dix ans. *Le Nouvel Observateur*. 23-29 juin, 30 juin-6 juillet et 7-13 juillet.

